

EXPERIENCIA DECISIVA José Antonio Pagola

Cuerpo y Sangre de Cristo – B (Marcos 14,12-16.22-26). 2024

Como es natural, **la celebración de la misa ha ido cambiando a lo largo de los siglos**. Según la época, los cristianos han ido destacando algunos aspectos y descuidando otros. La misa ha servido de marco para celebrar coronaciones de reyes y papas, rendir homenajes o conmemorar victorias de guerra. Los músicos la han convertido en concierto. Los pueblos la han integrado en sus devociones y costumbres religiosas...

Después de veinte siglos puede ser necesario recordar alguno de los rasgos esenciales de la última cena del Señor, tal como era recordada y vivida por las primeras generaciones cristianas.

En el trasfondo de esa cena hay una **convicción firme: sus seguidores no quedarán huérfanos**. La muerte de Jesús no podrá romper su comunión con él. Nadie ha de sentir el vacío de su ausencia. Sus discípulos no se quedan solos, a merced de los avatares de la historia. **En el centro de toda comunidad cristiana que celebra la eucaristía está Cristo vivo y operante**. Aquí está el secreto de su fuerza.

De él se alimenta la fe de sus seguidores. **No basta asistir a esa cena. Los discípulos son invitados a «comer»**. Para alimentar nuestra adhesión a Jesucristo necesitamos reunirnos a escuchar sus palabras e introducirlas en nuestro corazón; **necesitamos acercarnos a comulgar con él identificándonos con su estilo de vivir**. Ninguna otra experiencia nos puede ofrecer alimento más sólido.

No hemos de olvidar que **«comulgar» con Jesús es comulgar con alguien que ha vivido y ha muerto «entregado» totalmente a los demás**. Así insiste Jesús. Su cuerpo es un «cuerpo entregado» y su sangre es una «sangre derramada» por la salvación de todos. **Es una contradicción acercarnos a «comulgar» con Jesús resistiéndonos a preocuparnos de algo que no sea nuestro propio interés**.

Nada hay más central y decisivo para los seguidores de Jesús que la celebración de esta cena del Señor. Por eso hemos de cuidarla tanto. **Bien celebrada, la eucaristía nos moldea, nos va uniendo a Jesús, nos alimenta con su vida, nos familiariza con el evangelio, nos invita a vivir en actitud de servicio fraterno y nos sostiene en la esperanza del reencuentro final con él**.